

Miguel León-Portilla

*Trece poetas del mundo azteca*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

1978

262 p.

Ilustraciones y láminas

(Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 11)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de septiembre de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/trece\\_poetas/mundo\\_azteca.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/trece_poetas/mundo_azteca.html)

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## XII. XICOHTÉNCATL EL VIEJO

*Señor de Tizatlan, cantor de la guerra florida*

(n. hacia 11-Casa, 1425 – m. 4-Conejo, 1522)

La región poblano-tlaxcalteca fue fecunda en poetas y sabios. Ya nos es conocida la figura de Tecayehuatzin, el señor de Huexotzinco empeñado en esclarecer el sentido más hondo del arte y el símbolo que son “flor y canto”. Hemos hablado también del sabio Ayocuan Cuetzpaltzin que sin cesar repetía por tierras de Tlaxcala y Huexotzinco aquellas palabras que parecen expresión del meollo de su pensamiento: “¡Que permanezca la tierra, que estén en pie los montes!”

Tecayehuatzin y Ayocuan, oriundos respectivamente de Huexotzinco y Tecamachalco, tuvieron colegas y amigos, también forjadores de cantos, entre los sacerdotes y nobles de la nación tlaxcalteca. Por encima de rivalidades políticas y de frecuentes contiendas, los sabios y poetas de Tlaxcala eran sus allegados y compañeros. Prueba de esto nos la da el famoso convite que tuvo lugar en la casa de Tecayehuatzin, al que acudieron poetas de Tlaxcala, recibidos alegremente con estas palabras:

Vosotros de allá, de Tlaxcala, habéis venido a cantar al son de brillantes timbales, en el lugar de los atabales.

Particularmente existió esta relación de simpatía entre los amantes del canto que vivían en Huexotzinco y algunos poetas de Tizatlan, una de las cuatro cabeceras de la que bien puede llamarse “confederación tlaxcalteca”. En el diálogo al que se ha aludido se mencionan justamente los nombres del sabio Camaxochitzin, de Xicohténcatl el Viejo y de Motenehuatzin, todos ellos de Tizatlan. Interesante resulta destacar el hecho de la amistad entre quienes cultivaban la poesía, como herederos de una misma tradición cultural, que les per-



mitía acercarse a pesar de las guerras y las frecuentes diferencias de partido.

Ya desde la primera mitad del siglo xv los señoríos de Tlaxcala habían alcanzado considerable esplendor. Establecidas primeramente las cabeceras de Tepeticpac y Ocotelulco “con gentes de cuenta y principales”, como lo refiere Torquemada,<sup>111</sup> algún tiempo después vinieron a crearse las de Tizatlan y Quiahuiztlan. El más antiguo señor de Tizatlan, interesado ya por la poesía y el saber, se llamó Xayacamachan, conocido también como el príncipe Tepolóhuatl. A él habrá de aludir mucho tiempo después otro forjador tlaxcalteca de cantos, amigo de Tecayehuatzin. Haciendo recuerdo de este primer señor de Tizatlan, exclamará:

Oh Tepolóhuatl,  
oh príncipe Tepolóhuatl,  
todos vivimos,  
todos andamos en medio de la primavera,  
no son iguales las flores  
no son iguales los cantos . . .<sup>112</sup>

Asentada así desde un principio la tradición de una nobleza amante del canto en Tizatlan, nada tiene de extraño que entre los sucesos de Xayacamachan hubiera también quienes cultivaran el mismo arte. Según el testimonio de Torquemada, tal sería precisamente el caso de Xicohténcatl el viejo. Era éste hijo del príncipe Aztahua y nació, a lo que puede colegirse, hacia el año de 1425. A Xicohténcatl tocaría vivir cerca de un siglo de historia plena de acontecimientos tan importantes como el encumbramiento de los aztecas, y ya en su ancianidad, la destrucción de la antigua forma de vida con la llegada de los forasteros de más allá de las aguas inmensas.

Según el historiador tezcocano Ixtlilxóchitl, Xicohténcatl se distinguió en los días de su juventud como valiente capitán que, aliado primeramente al sabio rey Nezahualcóyotl, participó en importantes conquistas y campañas como la que se llevó a cabo en contra de los huastecos.<sup>113</sup> Hacia el año de 1455 Xicohténcatl, de común acuerdo

<sup>111</sup> Torquemada, Fray Juan de, *op. cit.*, t. I, p. 274.

<sup>112</sup> Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 10 v.

<sup>113</sup> Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *op. cit.*, t. II, p. 203.



Xicohténcatl, el longevo señor tlaxcalteca, cantor de la guerra florida y testigo de la grandeza y la ruina de la nación azteca. (*Lienzo de Tlaxcala*, lámina 1.)

con los tres señoríos de la región de los lagos, México-Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, tomó una decisión que a la larga habría de tener lamentables consecuencias para Tlaxcala. Dialogando con Nezahualcóyotl de Tezcoco, Totoquihuatzin de Tlacopan, Motecuhzoma y el célebre Tlacaélel de México, aceptó la institución de las guerras floridas o sagradas que habrían de llevarse a cabo de manera sistemática entre los aliados de la región lacustre por una parte y los señoríos de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula por la otra. Bien claramente precisa Ixtlilxóchitl los objetivos de esta manera de guerras. Acordaron, nos dice:

se señalase un campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas y que los que fuesen presos y cautivos en ellas, se sacrificasen a sus dioses . . . De más de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes y que esto se había de entender sin exceder los límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y señoríos . . . <sup>114</sup>

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 207.



Conocida es la historia de las guerras floridas, en las que además de buscarse, como se ha dicho, el adiestramiento de los guerreros y capitanes jóvenes, entraba asimismo en juego la idea central del pensamiento azteca, el pueblo elegido del sol. Para mantener el orden cósmico era necesario fortalecer la vida del sol. Así como los dioses con su sangre habían dado la vida a los hombres, también éstos debían contribuir con el mismo líquido precioso, fuente de energía universal requerida por Tonatiuh, “el que va haciendo el día y el calor”.

La voluntad de poder de los aztecas que llegaron a desarrollar plenamente una visión místico-guerrera del mundo, los llevó a consumir grandes conquistas y a convertirse en señores de inmensas regiones. En medio de esa expansión siempre creciente, los señoríos tlaxcaltecas se vieron al fin totalmente rodeados por tierras y estados sometidos a México-Tenochtitlan y a sus aliados. De este hecho habrían de derivarse no pocos infortunios para Tlaxcala y habría de originarse igualmente ese profundo antagonismo que tan claramente se manifestó en los días de la conquista.

No siendo posible tratar aquí de las múltiples actuaciones de Xicohtécatl durante los largos años de su gobierno, añadiremos tan sólo que pudo él comprender como nadie el más hondo significado de la ilimitada hegemonía de los aztecas. Contemporáneo de varios reyes de México-Tenochtitlan, de Motecuhzoma Ilhuicamina, de Axayácatl, de Tízoc, de Ahuítzotl y de Motecuhzoma II, tocó a él finalmente actuar de manera decisiva cuando en 1519 se conoció la llegada de gentes hasta entonces no vistas.

A pesar de incertidumbre y vacilaciones, los gobernantes tlaxcaltecas, y entre ellos muy especialmente Xicohtécatl de Tizatlan y Maxixcatzin de Ocotelolco, encontraron al fin en la presencia de los hombres de Castilla un medio para hacer frente al pueblo azteca. Como lo indica el historiador tlaxcalteca Muñoz Camargo, tras mucho deliberar y después de ver cómo tan fácilmente habían sido vencidos los guerreros otomíes de Tecoaac, decidieron recibir y acoger a los forasteros en son de paz.<sup>115</sup> Xicohtécatl, que tenía entonces muy cerca de cien años, estaba casi ciego. Por ello, :

<sup>115</sup> Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, 6ª edición, México 1948, pp. 197-201.



cuando salió a recibir a Hernando Cortés, según lo consigna Torquemada, salió en brazos de dos caballeros de su casa y para poderle ver, le levantaron los párpados de los ojos porque con mucha vejez los tenía muy caídos . . . <sup>116</sup>

El final de esta historia es bien conocido. Los tlaxcaltecas se convirtieron en decididos aliados de la gente de Castilla. El propio Xicohténcatl, con otros señores y nobles, recibió el bautismo. Y si antes de morir pudo contemplar la ruina total de México-Tenochtitlan, también hubo de sufrir grandemente, entre otras cosas por la muerte de no pocos tlaxcaltecas y muy en especial por la de su hijo, el joven Xicohténcatl, que tanto se opuso a la alianza de su pueblo con los recién llegados forasteros.

Hemos dicho que por varias fuentes y referencias se sabe que el viejo Xicohténcatl fue también forjador de cantos.<sup>117</sup> De los que él pudo componer, conocemos tan sólo uno. Ciertamente es que éste aparece en la Colección de la Biblioteca Nacional intercalado en una especie de largo poema mímico en el que hay obvias alusiones a ideas cristianas y a personajes más tardíos. Sin embargo bien puede distinguirse la porción atribuida a Xicohténcatl por la expresión de ideas, como la de las guerras floridas, de manifiesto origen prehispánico. Esta parte del texto probablemente proviene de los años en que el señor de Tlaxcala aún se ufana de esas luchas en cuya organización él mismo había participado. Con un lenguaje en el que abundan los símbolos, evoca las guerras con la gente de México. Los capitanes tlaxcaltecas marchan a la región de los lagos. Van en busca del agua preciosa: sus escudos son como cántaros que hacen posible acarrear el agua florida.

Con antigua manera de barroquismo indígena Xicohténcatl se recrea acuñando metáforas, apuntamientos distintos al simbolismo de la guerra sagrada:

<sup>116</sup> Torquemada, *op. cit.*, t. I, p. 275.

<sup>117</sup> Además de los testimonios ya citados, recordaremos aquí un último tomado del manuscrito tezcocano conocido como "Romances de los Señores de Nueva España" (fol. 1 r.): "¡Ojalá, exclama un poeta, que allá en buen tiempo, en Tlaxcala, estén mis floridos cantos aletargantes, ojalá estén los cantos que embriagan de Xicohténcatl . . .".



¡Que no vayan en vano . . . ! Ya está en pie el precioso cántaro color de obsidiana . . . , con él hay que llevar a cuestas el agua, vamos a acarrearla allá a México, desde Chapolco (Chapultepec), en la orilla del lago . . .

En el poema exhorta a sus hijos. Como de paso alude a Cuauhtencoztli, capitán azteca que también fue poeta. Asimismo se dirige al joven Xicohtécatl-Axayácatl, a quien llama “hijo pequeño, hechura preciosa”, animándolo a marchar también al lugar donde se hallan las aguas del sacrificio.

Las palabras finales reiteran el aprecio por la guerra y son para nosotros la clave que permite comprender el sentido del poema:

La guerra florida, la flor del escudo, han abierto su corola. Están en pie los grandes árboles, llueven flores escogidas . . . ¡Brotó el agua del cántaro precioso!

Extraño y casi dramático resulta que precisamente el único poema que conocemos de Xicohtécatl se refiera a las guerras floridas que al correr de los años, más que provecho, fueron carga para Tlaxcala. Si como lo reiteran las fuentes, poeta famoso fue Xicohtécatl, seguramente hizo objeto de sus cantos otros temas distintos. Al ofrecer aquí su recordación de la guerra florida, nos parece encontrar en ella un feliz testimonio de su maestría en el arte de crear metáforas y símbolos.



**El encuentro de Xicohténcatl con Hernán Cortés (*Lienzo de Tlaxcala*, lámina 29).**



*Xicohtencatl icuic*

Neh niquittoa, ni Xicohtencatl Teuctli:  
¡aneyatlaxiauh!  
¡xicana in mochimal: xochiacontzin!  
Mohuicoltzin,  
anozo ihcac motolteca itzontzotzocoltzin,  
ica tamemezque,  
tazacatihui yc oncan ye Mexico,  
in Chapolcopa atitlan.

Anentlaxiauh,  
¡nomache, niccahuan ya, tomachuane,  
anapipiltin!  
Nicteca yn atl,  
Quauhtencoztli in teuctli,  
¡tlayenochtonhua!  
¡tamemezque,  
tazacatihui yene!

Nequiyeontzatzia in achcauhtzin, in ye Motelchiutzin,  
tocnihua,  
quilmach yeoc yohuac.  
Ticanatihui tlatlamemel:  
hueltetehuilotic, xiuhtehuiltic, in quetzalitz,  
acuecuyocatimani.  
Ye ic tonaciz oncan tecomatla,  
¡ya anentlaxiye!

Mach nonoxicotaz ye Nanahuatl.  
¡Nicauhhe!  
Titlacatecatl, ticuitlachihuitl,  
hueltoltecatlic, teocuitlatica in tlacuilolli,  
ye ahucoltzin conicuiloa, Axayacatl teuctli.  
Tocenmantazque,



*Canto de Xicohténcatl*

**Yo lo digo, yo el señor Xicohténcatl:  
¡que no vayan en vano!,  
¡toma tu escudo: cántaro de agua florida!  
Tu ollita de asa,  
ya está en pie tu precioso cántaro color de obsidiana,  
con ellos a cuestras llevaremos el agua,  
vamos a acarrearla allá a México,  
desde Chapolco, en la orilla del lago.**

**No vayais en vano,  
¡mi sobrino, mis hijos pequeños, sobrinos míos,  
vosotros, hijos del agua!  
Hago correr el agua,  
señor Cuauhtencoztli,  
¡vayamos todos!,  
¡a cuestras llevaremos el agua,  
vamos a acarrearla en verdad!**

**Quiere pregonarlo el capitán Motelchiuhtzin,  
¡amigos nuestros!,  
dizque todavía no amanece.  
Tomamos nuestra carga de agua:  
cristalina, color turquesa, preciosa,  
que se mueve ondulante.  
Te acercarás así allá, al lugar de los cántaros,  
¡no vayas en vano!**

**Allá tal vez estará rumoreando Nanáhuatl.  
¡Mi hijo pequeño!  
Tú, comandante de hombres, tú, hechura preciosa,  
pintura a la manera tolteca, con oro y plata,  
pinta el cántaro precioso, señor Axayácatl.  
Nosotros juntos vamos a tomar,**



ye ic tonaci ye chalchiuh atica.  
Ontzetzelihui, pipixahui,  
onneapanaltzin ye itech.

Noxochiazacayatzini Huanitzin,  
nechyamacaco,  
;notlatzintihua, tlaxcalteca yechichimeca!  
;anentlaxia!  
Yn tlachinolxochitl, chimalxochitl,

Yn tlachinolxochitl, chimalxochitl,  
oncuepontoc.  
Tlatlatzcatimani,  
iyacaxochitl ontzetzelihui,  
anquizo yehuatl  
ye ic contzaquaco teocuitlatla,  
yen oc on ana xiuhtlacuilolli.  
;Yenapilolotzin icnoconmemeya!

(Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional,  
fols. 57 v. – 58 r.)



**nos acercamos a las aguas preciosas.**

**Van cayendo, llueven gotas,  
allá junto a los pequeños canales.**

**El que acarrea mi agua florida, Huanitzin,  
ya viene a dármele,  
¡oh mis tíos, tlaxcaltecas, chichimecas!  
¡No vayais en vano!**

**La guerra florida, la flor del escudo,  
han abierto su corola.  
Están haciendo estrépito  
llueven las flores bien olientes,  
así tal vez él,  
por esto vino a esconder el oro y la plata,  
por esto toma los libros de pinturas del año.  
¡Mi pequeño canal, con mi cántaro va el agua!**

